Temas latinoamericanos

Judit Bokser de Liwerant*

Tendencias de la realidad argentina

La Argentina de hoy vive una situación de ruptura de los mecanismos básicos de negociación y consenso y su sustitución por formas represivas de respuesta a los conflictos. La crisis actual se caracteriza por el deterioro de los procesos e instancias de mediación y mediatización de los antagonismos sociales que delimitan y restringen su expresión inmediata en el área política.

Por su forma abrupta, la actual situación nos previene de una lectura ingenua de la realidad en la cual datos inmediatos y sucesos contradictorios diluyen y ocultan los rasgos de las tendencias mayores. Paralelamente, y como resultado de un proceso de pérdida creciente de control nacional sobre las instancias estatales, nos previene de una interpretación convencional de la naturaleza y funciones del Estado.

Dado el carácter que ha asumido el proceso argentino en los últimos años, el Estado ha perdido su capacidad de arbitrio y conciliación como forma acabada de un delicado sistema de mediaciones. La no correspondencia actual entre el proyecto de dominación y los actores sociales fundamentales lo imposibilitan para sostener los antagonismos y hacer compatible su expresión con la relativa coexistencia ordenada entre éstos. Consecuentemente, la dominación no logra aparecer como consenso; la violencia, de recurso político destacado, pasa a ser exclusivo.

Para comprender la multiplicidad de niveles y proceso que se combinan y producen esta configuración específica, intentamos adelantar algunas premisas y tendencias básicas, necesarias y previas a la lectura del momento actual;

* Licenciada en Ciencias Políticas y Sociología, por la Universidad Hebrea de Jerusalén; estudios de doctorado en Ciencias Políticas en la UNAM, profesora titular de la FCPS e investigadora del Centro de Estudios Políticos.

no pretendemos, por el contrario, explicar la totalidad del proceso ni agotar la complejidad y riqueza de la realidad.

Asimismo, y dado que la acción de grupos, movimientos y clases sociales puede recrear la coyuntura generando transformaciones o mediatizar y cancelar las posibilidades históricas de cambio, encontramos necesario confrontar el peronismo —proceso político fundamental en las últimas décadas— a la luz de esta doble posibilidad.

Para tal fin resulta preciso recuperar la estrategia histórica y actual del peronismo, deslindada del “mito” de Perón. Este deslinde es fundamental toda vez que permite comprender su capacidad de ampliar, restringir o suprimir las contradicciones en función de factores e intereses cuyo mejor conocimiento es nuestro propósito.

Finalmente, en la medida que el peronismo ha pretendido hacer compatibles la atención de contradicciones con el orden de dominación y ha fracasado en la posibilidad de incorporarlos al Estado, restringiéndolas, la agudización actual de ellas plantea como posibles nuevas estrategias políticas de cambio.

I. *El proceso*

La vida política argentina, en la década de los 70's ha dejado de aparecer frente a sus propios actores como proyecto histórico para crear instituciones destinadas a satisfacer las necesidades de los grupos y clases sociales. El pesimismo actual, como estado de ánimo dominante en grandes sectores de la población, y el optimismo, que rigió el sentir nacional a fines de los años 40's y principio de los 50's, y aún la intermitencia con que ambos sentimientos se han manifestado temporalmente, reflejan un profundo estado de frustración frente a procesos que son vividos como ajenos a los proyectos y que se desenvuelven frente a los hombres como algo diferente; distinto a ellos mismos. El quehacer humano, en todas sus expresiones, aparece divorciado de sus resultados: se desconoce en el despliegue de potencialidades. En estas condiciones, la historia deja de ser vivida y, por tanto, actuada como un presente buscado y un futuro deseado: optimismo y pesimismo demuestran el común denominador de un fatalismo que impone como condición de una existencia humana exitosa, la adaptación más o menos cierta al desempeño de tareas definidas de antemano. Los procesos de mediación que se interponen entre todo proyecto y su concreción histórica, ya no son comprendidos en la dimensión del antagonismo, ni la conciliación entre actores, grupos y clases sociales; la incertidumbre deja lugar a la desesperación que lamenta, pero no cuestiona. No obstante, y dado que el modo como los hombres creen, piensan y captan la realidad es un elemento constitutivo de la propia realidad, es necesario contemplarlo en la dimensión que contribuye a fortalecerla y perpetuarla, lo que implica, en nuestro caso, entender que la sensación de ruptura entre proyecto y resultado, al crear una desesperación de efectos

paralizantes, es el principal aliado de los grupos que detentan el poder en la Argentina de hoy.

El optimismo que acompañó al experimento político peronista en su primera versión histórica se cifró en la posibilidad de realizar un proceso de industrialización autónomo que traería, como consecuencia natural, la creación de una economía y una sociedad nacional e independiente. Ésta, al incorporar a las masas populares a la vida nacional, destruiría el poder oligárquico tradicional y promovería la democratización de las nuevas estructuras políticas. Como resultado de procesos históricos que alteran la configuración socio-económica, en un ambiente de "paz y armonía social", sube al escenario político nacional una incipiente burguesía industrial, que aliada a ciertos sectores de las clases medias y del ejército, encuentra en las masas populares su base social de apoyo y de legitimación. La articulación y satisfacción de las demandas populares coinciden, a la vez que estimulan, el nuevo proyecto de desarrollo, consolidando una alianza política entre las clases. El nacionalismo, el desarrollismo y el antiimperialismo se combinan entre sí como los pilares del peronismo, reforzando un optimismo que no pudo leer en las cifras del crecimiento económico las limitaciones fundamentales del desarrollo dependiente.

Sin embargo, la realidad mostró su propia aunque no siempre fecunda originalidad, desencadenando contradicciones que desembocan en la consolidación de una estructura económica dependiente en la cual la industrialización y ampliación de su capacidad productiva no sólo no impiden, sino que suponen nuevas formas de dependencia económica y social, en el marco de un proceso mundial de integración capitalista monopólica. Estructura que margina a las clases populares de su producto, internacionaliza a sus beneficiarios y necesita como correlato, a la vez que instrumento político fundamental, de la presencia de un Estado autoritario. La democratización política se desvanece y diluye en la creciente concentración y centralización de un poder cada vez más represivo. Asimismo, el rompimiento de la alianza populista ha acentuado la transición de un espontaneísmo de masas a la radicalización de las clases populares, lo que ha reforzado una mayor represión. Por otra parte, el Estado mismo, en cuanto instancia nacional, se encuentra en un proceso de pérdida constante de poder de dirección en los procesos fundamentales sometándose a los intereses de una nueva oligarquía que rebasa y cancela los límites nacionales.

Delineando a grandes rasgos, este proceso —que conduce al deterioro de la posición de las clases populares y medias, así como a la fragmentación de la burguesía y a la pérdida de poder de sus sectores pequeños y medianos, en el marco de una dependencia más estrecha del centro hegemónico— no ha sido privativo de Argentina. A pesar de las peculiaridades nacionales, culturales e históricas, en diversas formas e intensidad, Brasil, Ecuador, Perú y Bolivia, entre otros países, han conocido regímenes populistas, visto convertirse a las clases populares en actores políticos nacionales, y experimentado un crecimiento económico que prometía superar las deformaciones estructurales y

consolidar la independencia. Asimismo presenciaron el fracaso de esta opción y la rapidez con que estos mismos sectores se convierten en objeto de marginación económica y represión política. La similitud de configuración y de tendencias hacen aparecer como viable un marco de referencia continental que sitúe lo original y particular del caso nacional en el contexto estructural de las contradicciones y tensiones asociadas al desarrollo de sociedades dependientes. Los límites del presente trabajo, cuyo objetivo fundamental es el señalamiento de aquellos procesos que configuran la crisis actual de la sociedad y el Estado en Argentina, no nos permiten extender nuestra reflexión. Sin embargo, dado los rasgos comunes definidos por el comportamiento del imperialismo hacia la América Latina, cuanto por las respuestas de adaptación a él, el caso argentino favorece la lectura de un proceso más amplio y generalizado.

La peculiaridad que reviste la crisis argentina en la actualidad, es que después del derrocamiento del peronismo y la instauración de regímenes militares, con dos breves intervalos de gobiernos civiles, éste regresa al poder en condiciones diferentes a los que generaron los gobiernos populistas. Fundamentalmente, la gran burguesía se ha consolidado en el poder en estrecha alianza con el capital extranjero, con viejos sectores oligárquicos y las Fuerzas Armadas. El desarrollo nacional ha sido redefinido en términos de un crecimiento industrial que, a la vez que resultado, ha sido causa de una nueva dependencia cada vez más global. En este contexto, el peronismo no puede sino actualizar los procesos autoritarios y represivos bajo la apariencia de un gobierno popular. En su imposibilidad de responder satisfactoriamente a una nueva configuración, en la que el antagonismo cancela la posibilidad de conciliación, se enfrenta a un proceso de deterioro y descomposición interna a lo largo del cual los resortes fundamentales del poder regresan a manos de la nueva élite oligárquica. Su espectacular fracaso pone en evidencia el carácter deformado que asume la dominación burguesa en sociedades dependientes, reproduciendo y reforzando las contradicciones socio-económicas. La imposibilidad de recuperar el control de los principales procesos por parte de los grupos y clases, cuya existencia depende de un Estado nacional autónomo, agudiza la crisis.

La solidez de un dominio político garantizado por la fuerza sólo puede ser rebasada por la irracionalidad de su propio contenido y esta irracionalidad, a su vez, sólo puede ser cuestionada, y por tanto alterada, cuando es sometida a una lectura crítica y a una acción racional.

II. *La Argentina peronista*

El peronismo se consolida en la Argentina al promediar la década de los 40's como resultado, a la vez que respuesta, a la crisis de un Estado tradicionalmente oligárquico, la cual se extiende y abarca la totalidad de los sistemas latinoamericanos y corresponde a determinado estadio en la evolución de las

contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente.¹ Como consecuencia de procesos de orden externo e interno, asociados al propio desarrollo del capitalismo internacional y a la diversificación de estructuras y clases sociales, al finalizar la década de los 30's, la dominación oligárquica parece haber llegado a sus propios límites históricos. Ésta estaba articulada y giraba alrededor de un pacto hegemónico entre la oligarquía terrateniente y mercantil local, y el imperialismo británico, en el marco de una estructura económica dependiente. Basada en el pensamiento clásico de la existencia de una división internacional del trabajo, a través de la producción de materias primas, del comercio y del capital extranjero, la actividad económica nacional estaba totalmente subordinada a las necesidades y demandas de las economías centrales, principalmente de la Gran Bretaña.

La eficacia de la mediación política, que convierte al pacto hegemónico en una sólida estructura de dominación, se mantiene y perpetúa durante las tres primeras décadas del siglo xx, en la medida que la economía, beneficiada por las condiciones internacionales, presenta una tasa de crecimiento del producto bruto interno de 6.13% y es capaz de conceder una relativa prosperidad a los diversos sectores y clases sociales. Aun los gobiernos radicales de la época, que son expresión del poder creciente de las clases medias, mantuvieron intactas las estructuras socio-económicas sobre las que descansa el Estado oligárquico.² Las mayores consecuencias del radicalismo debemos buscarlas, sin embargo, en los efectos que éste tiene sobre la participación política nacional. En tanto que plantea la necesidad de apertura de las estructuras políticas y su democratización y promueve la liberalización del Estado, le confiere a la vida política una mayor amplitud. En este sentido, su experiencia será determinante en la configuración de las modalidades del comportamiento de las clases sociales en lo sucesivo. La experiencia de una participación política generalizada incide sobre la capacidad de organización y estructuración de los grupos y clases sociales. La politización de amplios sectores de la población, la proliferación de la discusión política, el juego electoral y una producción intelectual creciente son rasgos definitorios del comportamiento político. Combinada esta característica con la dirección oligárquica del proceso nacional primero, y, posteriormente, con el régimen peronista, la represión y manipulación de las expresiones políticas tienen por efecto su intensificación. La efervescencia política, como producto de la toma de conciencia de los problemas nacionales y expresión de indefinición e incertidumbre, es un rasgo dominante de la cultura política argentina.

Ahora bien, los supuestos y modalidades que comporta la economía agroexportadora dependiente sólo son cuestionados cuando ésta es incapaz de continuar operando eficazmente. Los factores externos que alteran su eficacia

¹ Octavio Ianni, "Populismo y Relaciones de Clase", en: Gino Germani, Torcuato S. di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*, México, Ed. ERA, 1973, p. 65.

² Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Chile, Ed. Universitaria, 1969, p. 289.

se derivan de la crisis económica mundial de 1929, cuyos efectos son la conmoción y desarticulación de sus principales mecanismos de operación. La disminución de la demanda mundial de exportaciones, la caída de los precios ante enormes *stocks* acumulados, el agotamiento de divisas y la disminución de los excedentes exportables, paralizan el único sector que confiere dinamismo a la economía nacional, el sector externo. El deterioro de los términos en que se debe realizar el intercambio refleja las deformaciones estructurales y la fragilidad de la economía nacional a la vez que pone de manifiesto su incapacidad para adaptarse a las nuevas condiciones del mercado mundial.

En este contexto, la oligarquía dominante está interesada en llevar a cabo un reacomodo interno que le permita la adaptación exitosa a las nuevas condiciones externas. Este reacomodo, en el que el mercado interno aparece como alternativa frente a los mecanismos económicos básicos que se han quebrado, tiene por fin fundamental la implementación de procesos que restituyan a la dependencia económica un funcionamiento eficiente. El camino escogido es un crecimiento industrial limitado y sustitutivo de los productos manufacturados cuya importación es cada vez más difícil. Al llevar a cabo este proyecto, el grupo hegemónico se ve sujeto a ciertas transformaciones internas que alteran su composición originaria. Así, "de una homogénea determinación agraria irá pasando a una combinatoria agro-industrial en la que operará como factor aglutinante el capital financiero nacional y extranjero".³ Pero si bien la fracción industrial de los propietarios participa del bloque en el poder, lo hace supeditada a las directrices y definiciones de los hacendados, y no puede evitar que el crecimiento industrial se dé como proceso complementario del comercio exterior.

Proyectada hacia las características que adquiere la vida política argentina en el periodo posterior, la opción industrializadora de la élite oligárquica influye de modo determinante en la configuración de las contradicciones sociales y sobre los mecanismos políticos de mediación. A pesar de lo limitado del proyecto inicial, una vez puesta en marcha, la industrialización consolida una estructura de clases que si bien se gesta al interior del Estado tradicional, su presencia y desarrollo ulterior rebasan los límites y la capacidad de respuesta de éste. El crecimiento de las manufacturas refuerza tendencias ya presentes, a la vez que desencadena otras nuevas hacia la diferenciación y complejidad de la estructura social. Los procesos de inmigración extranjera, urbanización y crecimiento del sector de servicios se ven complementados y estimulados por las nuevas características de la actividad económica, consolidando la presencia de nuevos sectores y clases sociales. Burguesía industrial, clases medias, técnicos, profesionales e intelectuales, proletariado industrial y masas marginales comienzan a gravitar con distinta fuerza e intensidad en la vida socioeconómica y política nacional. Sus necesidades y demandas se

³ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, núm. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, p. 44.

plantean al interior de una configuración histórica incapaz de satisfacerlas, la cual obstaculiza su desarrollo ulterior como actores fundamentales.

El grupo oligárquico dominante, al enfrentarse a una situación que él mismo ha generado y que sin embargo es incapaz de controlar o detener, sólo puede acudir a la represión como respuesta. Sin embargo, ésta no logra cancelar las nuevas necesidades y demandas de las clases ascendentes. La correlación de fuerzas internas, aunada a la repercusión de las condiciones económicas mundiales, conforman los procesos de superación de la dominación oligárquica. El cambio resulta irreversible.

Por una parte, como resultado del estallido de la Segunda Guerra Mundial, el proceso de industrialización se ve intensificado, reforzando aún más a una burguesía industrial que requiere de los estímulos y la protección del Estado para garantizar sus intereses. Este grupo carece de una clara definición y organización autónoma de sus intereses, por el papel subalterno que ha desempeñado en la conducción del crecimiento industrial. Sin embargo, percibe con relativa claridad que sólo puede tener acceso a la conducción del mismo y, consecuentemente, a convertirse en grupo dominante, si logra romper los obstáculos internos —el poder oligárquico— y su correlato externo, la dominación imperialista. Consecuentemente, sus necesidades se traducen en términos de un desarrollo que responda a las exigencias internas y cuya dirección sea nacional.

El proceso de crecimiento ha generado, por otra parte, a la vez que la presencia de masas marginales —producto de una urbanización que supera la demanda de mano de obra—⁴ el ascenso de un proletariado industrial. El control oligárquico del proceso ha estimulado su organización gremial a la vez que su combatividad; la combinación de una situación de explotación de la fuerza de trabajo con un aumento constante del nivel de ocupación refuerza la acción sindical.⁵ Las organizaciones obreras, así como sus luchas, se convierten en elementos esenciales de la nueva situación, y por tanto todo proyecto de transformación deberá tomarlo en cuenta. Resulta importante recuperar esta dimensión organizativa y combativa de la clase obrera, previa al surgimiento del peronismo, para comprender por qué a pesar de su posterior manipulación e institucionalización, logra convertirse en el eje fundamental de oposición cuando éste es derrocado.

En esta coyuntura aparece con toda claridad que la satisfacción de las demandas populares, al acrecentar la capacidad de consumo del mercado interno, coinciden con el proyecto de desarrollo de la burguesía y definen los términos de la alianza política peronista.

A su vez, los procesos de crecimiento económico y diversificación social repercuten sobre la extensión y composición interna de las clases medias. Junto al

⁴ El predominio de la urbanización sobre la industrialización ha sido un fenómeno extendido por las principales ciudades de América Latina. *Cfr.* Octavio Ianni, *op. cit.*, pp. 101-103.

⁵ Miguel Murmis y J. C. Portantiero, *op. cit.*, p. 87.

los grupos tradicionales, emergen nuevos sectores cuya ocupación responde a las nuevas necesidades del sistema. Las clases medias, por su amplia extensión, así como por la naturaleza heterogénea de los grupos que la componen, confieren a la dinámica social y política rasgos muy peculiares. A pesar de su considerable alcance numérico, la ausencia de un sentimiento y conciencia común a sus integrantes imposibilitan articular un proyecto autónomo de desarrollo, y se subordinan a la dirección de otros grupos y clases dominantes, oligárquicos o burgueses.⁶ Su actitud es de presión sobre el Estado para la satisfacción de demandas económicas y de participación en el aparato estatal. El carácter inmediato e individualista de sus intereses y demandas no nos permite hablar de un comportamiento claro y definido, sino de compromisos y alianzas circunstanciales.

Dadas las condiciones para un cambio, surge un sector de la burocracia militar y política que, representando los intereses de la burguesía en ascenso, llega al poder y convierte el intervencionismo social y la política de masas en los pilares de su legitimación. El peronismo, como alianza policlasista que desplaza la contradicción fundamental entre trabajo y capital a un segundo plano y opone una alianza vertical frente a la dominación oligárquica, sólo puede ser comprendido como respuesta nacional a una economía dependiente en la cual el carácter del crecimiento es definido por los grupos terratenientes y mercantiles tradicionales. Sus objetivos fundamentales son un desarrollo nacionalista e independiente que logre liberarse de los constreñimientos del imperialismo. Los medios por los que se busca concretar este proyecto son múltiples y diversos. La nacionalización de servicios, la creación de instancias planificadoras, el subsidio a artículos de primera necesidad, así como la canalización selectiva de créditos a la industria y un sistema de recargos cambiarios, son algunas de las medidas puestas en juego para alcanzar un alto nivel de actividad económica. La política redistributiva y salarial logra que el sector asalariado aumente su participación en la distribución del ingreso nacional, que llega en 1954 al 50.8%.⁷ Esta situación se ve facilitada por las benévolas condiciones económicas del país derivadas del auge de la posguerra: la gran acumulación de reservas permiten llevar a cabo políticas redistributivas sin afectar seriamente los intereses ni las ganancias del empresariado.

Sin embargo, la debilidad relativa de las diferentes clases sociales, que se alían con el peronismo, supone desde un principio la existencia de contradicciones fundamentales en su seno. Como alianza, implica la consolidación de clases sociales cuyos intereses, una vez promovidos, son antagónicos. De ahí su necesidad de conciliación a la vez que su carácter contradictorio. Si bien promueve la participación creciente de los sectores populares en la economía, debe contener y minimizar su ingerencia en las definiciones fundamentales del

⁶ Marcos Kaplan, *El Estado en el desarrollo y la integración de América Latina*, Caracas, Mente Ávila Editores, 1969, p. 84.

⁷ Varios autores, *Desarrollo y estancamiento en el proceso económico argentino*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1972, p. 36.

proceso. Necesita operar la distinción entre los sectores populares como virtuales consumidores de su actuación como clase que puede alterar los términos de la alianza. La naturaleza demagógica del peronismo, así como la personalización del proyecto de desarrollo en la figura de Perón, surgen de esta contradicción. Ello explica por qué el discurso político se convierte en un instrumento fundamental: al poner el énfasis en la necesidad de colaborar en la tarea común de construcción nacional, los grupos y clases sociales se asimilan y desaparecen en las categorías genéricas de "argentinos" y "peronistas". La imprecisión ideológica que acompaña a la doctrina justicialista tiene el mismo origen; ésta es definida como un socialismo nacional y cristiano en el que la libertad económica, que deberá corresponderse con la justicia social y la soberanía política, serán las características a la vez que resultado natural del desarrollo nacional.

Sin embargo, y en la medida que la estrategia demagógica resulta insuficiente para garantizar la participación controlada, el peronismo abandona su carácter democrático y asume progresivamente un estilo político autoritario y dictatorial. Este cambio se opera por la prolongación del intervencionismo estatal en la burocratización de las estructuras políticas y sindicales. Esta tendencia puede ser leída en el vertiginoso crecimiento del aparato político-administrativo. Entre 1945 y 1955 el aumento de la población ocupada en la industria fue del 18%, la del comercio y finanzas del 40% y la del Estado de más del 50%.⁸ La manipulación y control de las organizaciones sindicales, así como la institucionalización de las luchas obreras, no tienen un efecto unívoco. Si bien logra la pérdida de combatividad y autonomía del liderazgo obrero, no puede evitar la politización de las masas, y la transición del espontaneísmo a la toma de conciencia. El temor que ello provoca en los sectores oligárquicos, que aunque alejados del poder político mantienen el control económico —por los limitados alcances del proceso de cambio—, se conjugan con la incapacidad del peronismo de llevar a cabo una auténtica transformación de la estructura económica que garantice el control hegemónico a la burguesía industrial.

Veamos.

Tal como la señalamos, las reservas acumuladas por la prosperidad de la posguerra son utilizadas para llevar a cabo las medidas que garantizan la intensificación de la actividad económica, el fomento de la industrialización y el incremento de la renta nacional. Sin embargo el proceso de desarrollo es progresivamente redefinido en términos de la creación de una industria liviana. Según datos estadísticos, para 1947, del total de divisas de 5 700 millones de pesos, se utilizaron 374 millones para nacionalizar teléfonos y ferrocarriles, 776 para la deuda externa y 2 000 millones en un solo año para importaciones destinadas a la industria liviana.⁹ Asimismo se da una capitalización insuficiente que fue en el 73.9% a sectores no productivos. Sin la

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibidem*, pp. 34-35.

creación de una infraestructura de bienes y servicios que apoye a la industria liviana, y con el aumento de importaciones y la disminución de exportaciones de productos primarios, el crecimiento económico redefine y mantiene los lazos de dependencia externa.

Las posibilidades de una burguesía industrial fuerte, como clase autónoma y comprometida con el desarrollo nacional, se desvanecen. Las concesiones a capitales norteamericanos, así como la obtención de créditos norteamericanos, marcan el comienzo de una política favorable al gran capital nacional y extranjero. Estos cambios se dan simultáneamente con los cambios en el comportamiento objetivo del capitalismo internacional cuya nueva modalidad es la integración monopólica mundial. El capital norteamericano, cuya hegemonía es indisputable, al enfrentarse a una economía deprimida, debido al término de los estímulos provocados por la guerra, se vuelca hacia las economías atrasadas.¹⁰ Entre 1950 y 1961 el valor de las inversiones norteamericanas en América Latina pasa de 4 445 a 8 200 millones de dólares. Este capital comienza a penetrar la economía nacional a través del sector manufacturero, se integra a ella y comienza un proceso ascendente de control de ésta.

Tal deterioro de la situación económica por la fragilidad de la acumulación capitalista y la búsqueda del capital extranjero, traen a su vez como corolario una regresión en las posiciones adquiridas por la clase obrera, intensificando la radicalidad de sus demandas. El peronismo, incapacitado para satisfacerlas, sujeto a procesos de corrupción y deterioro interno como resultado de la creciente burocratización pierde vertiginosamente su capacidad de arbitrio y negociación. Su fracaso para operar un desarrollo nacional independiente pone fin a las condiciones que lo gestaron, desencadenando tendencias y procesos que conducen a la progresiva desnacionalización económica y a una sostenida crisis política.

III. *Los límites de una estrategia*

El peronismo, que regresa al poder en 1973, lo hace en condiciones totalmente diferentes a las que posibilitaron su ascenso como representante de una alianza de clases, cuya debilidad relativa para llevar a cabo un proyecto de transformación configuró los términos del acuerdo. Su derrocamiento coincidió con el fracaso de la política de desarrollo nacionalista y la transición a un modelo de crecimiento en el cual la industrialización y modernización de ciertas estructuras supone y refuerza la supervivencia de sectores tradicionales y arcaicos. La coexistencia de diferentes tiempos de desarrollo es el resultado de la naturaleza dependiente del crecimiento y se ve reforzada por nuevas formas de relación con el exterior, más estrechas y orgánicas. Uno de los

¹⁰ Theotonio Dos Santos, "El Nuevo Carácter de la Dependencia", p. 13, en: José Matos Mar (Comp.), *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1969.

principales efectos de esta situación, es la configuración de grupos, fracciones y clases sociales con necesidades e intereses asociados a realidades históricas divergentes y contradictorias. Como consecuencia del comportamiento monopólico de la economía, se acentúan profundos y complejos desniveles entre las clases sociales y entre diferentes sectores al interior de éstas, confiriendo a los procesos políticos fundamentales un alto grado de inestabilidad. Ello se manifiesta a través de compromisos inestables y alianzas contradictorias entre las clases y entre éstas y la potencia hegemónica, cancelándose así la posibilidad de conciliar los antagonismos.

En este contexto, el peronismo es incapaz de articular una estrategia política de negociación y arbitrio, acudiendo a la represión y eliminación de toda disidencia como estilo político dominante. Ello es producto de una contradicción fundamental, reflejo y síntesis de otras múltiples, que encierra la coalición de intereses que promueve o permite el regreso del peronismo al poder: mientras que los *actores* fundamentales del gobierno peronista son la burocracia sindical, el peronismo ortodoxo y la pequeña y mediana burguesía, los *intereses* dominantes son los del gran capital nacional y extranjero que, en alianza con los grupos oligárquicos, se ha consolidado en el poder.

La significación fundamental que alcanza el ascenso y fracaso del peronismo en la actualidad concierne a la posibilidad de recuperación nacional del control efectivo de las instancias estatales. Frente a una tendencia cada vez más acusada de integración de la economía y el Estado nacional al capitalismo monopólico internacional bajo la hegemonía de los Estados Unidos, el peronismo apareció como la alternativa capaz de alcanzar la dirección independiente de los procesos nacionales. Su fracaso define las limitaciones históricas de esta opción.

Examinemos sus principales rasgos:

La agudización de los antagonismos y el enfrentamiento abierto que caracterizan a la sociedad argentina se derivan de un continuado proceso en el que la marginación política de los sectores mayoritarios es el correlato de su marginación económica. Después de que el nacionalismo y el proteccionismo que estimularon la industrialización monopólica se convirtieron en obstáculos para su desarrollo ulterior, el capital extranjero penetra intensivamente en la economía nacional. Éste difiere en su comportamiento de las formas y modalidades anteriores, y se dirige hacia el sector más dinámico de la economía, el sector industrial, para integrarse a él.¹¹ Por medio del establecimiento de unidades que rebasan por mucho el tamaño y eficiencia de las empresas tradicionales, y con un acceso privilegiado a los recursos fundamentales que le posibilitan mayor eficiencia y productividad, adquiere el control monopólico del mercado y, a través de éste, de los resortes fundamentales de la economía. Sus nexos con las corporaciones del país de origen le facilitan la definición misma de necesidades económicas básicas tales como la canalización de las

¹¹ *Ibid.*

inversiones, la orientación de la tecnología y el alcance y ritmo de la producción.¹²

Sin embargo, y como resultado del carácter desigual y combinado de la economía, la definición de estas necesidades, así como la consolidación de un control hegemónico, no exhiben en la Argentina una dirección armónica y unívoca. Los grupos oligárquicos tradicionales, terratenientes y mercantiles, que han mantenido las bases de su poder económico y recuperado el poder político perdido durante el peronismo, son un elemento esencial en el nuevo contexto de dominación. La coincidencia fundamental entre los intereses del gran capital y los de estos grupos acerca del mantenimiento de una estructura global que garantiza las bases de su poder no cancela la existencia de múltiples divergencias sobre las alternativas concretas del desarrollo. Estas diferencias y divergencias se manifiestan a través de la implantación de esquemas y "equipos económicos" que carecen de continuidad y producen resultados contradictorios. En todo caso, y como veremos, dada la contradicción básica entre los intereses internacionales del gran capital y las necesidades que se derivan de los grupos y clases cuya existencia está ligada a la sociedad nacional, la concepción acerca de la naturaleza y funciones del Estado es uno de los ejes fundamentales de controversia.

Tras el golpe militar de septiembre de 1955 se opera una redefinición de las características que debe seguir el proceso económico. Éste es concebido como el resultado del libre juego entre las fuerzas económicas, y cualquier intento de planificación o intervención es calificado de totalitario.¹³ Paralelamente, se atribuye la causa del deterioro de las condiciones económicas a una inflación entendida como producto de la política redistributiva del peronismo. Las medidas que se ponen en práctica para *garantizar* el libre juego —reducción de los medios de pago y de la circulación monetaria, devaluación del peso, contracción de salarios— traen como resultado el quebranto de numerosas empresas, fundamentalmente pequeñas y medianas y, consecuentemente, el estímulo a la centralización y concentración económica. Asimismo, el gran índice de desocupación y el descenso de la actividad económica afectan la situación de los sectores medios y asalariados. Estas medidas se sostienen por medio de sucesivos intentos de fragmentar el movimiento obrero, a través de la negociación con sus líderes y por medio de la exclusión política de las mayorías al ser proscrito el peronismo. La burguesía industrial, a su vez, cuya emergencia y consolidación dependen del estímulo y la protección estatal ve agudizarse su ya notable deterioro.

El último intento de recuperar el papel de clase autónoma y fuerte para la burguesía industrial podemos encontrarlo en el gobierno de Frondizi, al pre-

¹² Celso Furtado, "La Hegemonía de Estados Unidos y el Futuro de América Latina", en: Matos Mar (Compilador), *La dominación de América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1968, p. 49.

¹³ La concepción del desarrollo como resultado del libre juego económico y de la estabilidad monetaria como panacea, ha acompañado al gobierno militar a lo largo de todo el periodo.

tender llevar a cabo una política desarrollista cuyos objetivos fundamentales eran la integración económica nacional, el aprovechamiento de los recursos productivos y la descentralización industrial. Sin embargo, y paralelamente al incremento de la participación de la industria en el producto interno bruto,¹⁴ y a la consolidación de obras de infraestructura, aumenta la penetración del capital norteamericano.¹⁵ En el plano político, el proyecto desarrollista se manifestó en un esquema de "integración" que permitiera consolidar una alianza entre la burguesía industrial y la clase obrera. Este intento fracasa cuando la negociación con las clases populares y su reconocimiento político generan un creciente temor al interior de los grupos dominantes en cuanto a la posibilidad de desbordamiento de la capacidad política del sistema. El golpe de Estado que derroca a Frondizi se produce cuando el peronismo gana las elecciones provinciales en marzo de 1962.

El regreso de las Fuerzas Armadas al ejército directo del poder a través de las sucesivas figuras de los generales Onganía, Levingstone y Lanusse, actualiza y refuerza las tendencias que venimos señalando.

El virtual control monopólico de la economía, al responder a una dinámica propia, genera crecientes desequilibrios estructurales que afectan la estabilidad social. Para mantener su naturaleza opresiva necesita de una instancia política represiva. En este sentido, el gran capital tiende a reducir las funciones estatales al mantenimiento del orden público, cancelando su capacidad de decisión en los asuntos económicos básicos. Bajo consideraciones asociadas a la estabilidad interna, así como a la seguridad del "hemisferio occidental", la militarización del poder político se convierte en el instrumento fundamental del imperialismo y de las clases dominantes locales. Por otra parte, y en sentido contrario, la pequeña y mediana burguesía, las clases medias y las populares presionan sobre el Estado como única instancia capaz de defender y satisfacer sus necesidades. La demanda principal se asocia a la urgencia de recuperar su poder efectivo y real de decisión, fundamentalmente, como mecanismo financiero, de redistribución del ingreso y canalización de la inversión, papel que había asumido durante el periodo peronista.¹⁶

Sin embargo, en estos tres tipos de funciones, la capacidad del Estado se va debilitando, porque estaba basada en la captación de recursos financieros de las exportaciones, y éstas han sufrido un notable estancamiento. Asimismo el sector fiscal y las cuentas exteriores sufren un constante déficit, reforzando la necesidad del financiamiento externo, y, por ende, el carácter dependiente. Esta tendencia se acentúa a partir de 1967 con el programa económico de Krieger Vasena. Partiendo del propósito de aumentar las reservas y dismi-

¹⁴ De 1930 a 1957 el porcentaje de la participación de la industria manufacturera en el PBI oscila alrededor del 23%; en el periodo 1958-1961 eleva su participación al 35.1%.

¹⁵ La política de expansión industrial fomentó la inversión extranjera hasta llegar a 1 900 millones de dólares.

¹⁶ Osvaldo Sunkel, "Política Nacional de Desarrollo y Dependencia Externa", Matos Mar (Comp.), *op. cit.*, pp. 115-116.

nuir el endeudamiento externo se logra el efecto contrario: una situación de creciente salida de capital al extranjero por concepto de beneficios e intereses, así como a una balanza de pagos altamente deficitaria.¹⁷ Se acentúa la traslación de ingresos a grandes empresas, la canalización de créditos a éstas y la desnacionalización de la banca y de importantes sectores manufactureros.

El descontento diferencial, generalizado a todos los sectores y clases "nacionales", se manifiesta a través del cuestionamiento y la impugnación. La incapacidad de los partidos políticos de articular un proyecto global y alternativo de desarrollo, y su limitada actuación dentro de los márgenes de las demandas liberales más clásicas, cierran el círculo de ausencia de canales y mecanismos de participación efectiva. Este vacío institucional se da paralelamente a la intensificación del contenido radical de las demandas, y convergen en el fortalecimiento del "mito" de Perón.

En efecto, en las clases populares se opera un distanciamiento cada vez mayor entre el liderazgo de las organizaciones sindicales y las bases. El extenso aparato burocrático de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica, así como las 63 Organizaciones Peronistas, mayoría en la CGT, representan la instancia negociadora de los intereses obreros frente al régimen militar. Su legitimidad se ve deteriorada y cuestionada por las bases debido al agravamiento de su situación económica, cobrando fuerza una movilización popular al margen de la burocracia sindical y en franca oposición a ésta. Con un liderazgo nuevo y autónomo, las organizaciones juveniles peronistas aglutinan las demandas más populares y radicales, a la vez que acuden a tácticas insurreccionales como medio de lucha. Perón, desde el exilio, estimula su actuación apelando en un principio a la necesidad del "trasvesamiento generacional", para alentar, posteriormente, la lucha abierta de autodefensa de las "Formaciones Especiales"; esto es, los grupos guerrilleros.¹⁸ Las organizaciones de izquierda y grupos de intelectuales y universitarios concuerdan con las demandas fundamentales del peronismo y encuentran en el regreso del viejo líder la única alternativa viable de desarrollo independiente y autónomo.

En esta coincidencia política, que es definida en un principio como opción táctica, se manifiestan las limitaciones fundamentales del alcance del proyecto de transformación y refuerzan los obstáculos objetivos para su concreción. Sin lugar a duda, y dado el carácter global de la situación de dependencia—que prolonga la pérdida de autonomía económica en un sometimiento cada vez mayor a los intereses sociales y políticos del imperialismo—, la recuperación nacional del poder estatal aparece como requisito necesario y previo a todo cambio. Sin embargo, la personalización del proyecto global en la figura del viejo líder, así como el énfasis puesto en demandas redistributivas que corresponden a un populismo ya anacrónico, denotan estancamiento, la falta

¹⁷ De una balanza de pagos favorable en 829.6 millones de dólares en 1967 se pasó a una desfavorable de 219 millones de dólares en 1969.

¹⁸ Mensaje de Perón a la Juventud peronista en febrero de 1971.

de originalidad y la esclerosis política del peronismo. Por otra parte, el vacío ideológico de los grupos de izquierda y la carencia de un modelo de cambio global convierten la opción táctica en una alianza estratégica.

Por su parte, también la burguesía nacional, a través de la Confederación General Económica, cifra en el peronismo la posibilidad de recuperar su poder económico y político; toda opción que ponga énfasis en los intereses nacionales es una garantía para su supervivencia.

El espectacular fracaso de la orientación nacionalista del peronismo arroja luz sobre el carácter contradictorio e inconciliable de la configuración de intereses existentes. Con la renuncia de Gelbard al Ministerio de Economía, en diciembre de 1974, llega a su fin el intento de fomentar el desarrollo de una burguesía con intereses nacionales. Como representante de la Confederación General Económica y promotor del "Pacto Social",¹⁹ su gestión representó la posibilidad de recuperar cierto grado de autonomía económica por medio de la diversificación de los mercados de exportación y el estímulo a la industria nacional. Sin embargo, el capital monopólico internacional, así como los grupos oligárquicos comerciales, bloquearon toda posibilidad de transformación por el control y dominio de los mecanismos económicos fundamentales. La contradicción esencial se asocia entonces al papel que le adjudican al peronismo los diferentes grupos y clases sociales según sus posiciones diferenciales. Para los grupos dominantes, el peronismo aparece como la garantía del control de la radicalización creciente de los sectores populares y la posibilidad de legitimar el sistema sobre una base legal y popular. Asimismo, el desgaste político que comporta para las Fuerzas Armadas el ejercicio directo del poder converge en la apertura de un proceso que, sin embargo, no aceptan totalmente. Tienen claro que el contenido nacionalista del peronismo no puede ni debe significar el fortalecimiento de las instancias nacionales como centros políticos de poder efectivo y decisión autónoma. Ello implicaría la participación real de las mayorías en la definición de los objetivos comunes y, consecuentemente, la alteración de las condiciones socio-económicas.

Enfrentado desde un principio a la imposibilidad de constituirse en actor de los cambios necesarios, el peronismo se define por una organización jerárquica férrea cuyo principal enemigo es precisamente su base popular. El fracaso de su proyecto de desarrollo

...marca los límites de un nacionalismo efectivo que, al no contar más con una base estructural, acentúa su extremismo ideológico, empieza a manejarse con la pura gesticulación; es por eso, seguramente, que cuando los nacionalistas más reales y serios no logran mantenerse en pie, aparecen los nacionalistas anacrónicos, más bien fascistas, que descargan sus resentimientos largamente contenidos en el campo cultural y, también, organi-

¹⁹ Previo al regreso de Perón la CGE y la CGT firman un Pacto Social en el que los intereses y demandas de los asalariados debían adaptarse a la capacidad de respuesta del empresariado para facilitar el desarrollo económico independiente.

*zan o justifican fuerzas de choque para defender lo que en los hechos parece ya contar con pocas defensas, a saber, el capitalismo nacional.*²⁰

Con argumentos relativos al peligro de la infiltración comunista la eliminación de la oposición se centra, en primer lugar, en las filas de las organizaciones juveniles. Por medio de la creación de estructuras paralelas se busca contrarrestar el poder de los grupos independientes; a la Juventud Peronista se le opone la Juventud Peronista de la República Argentina; frente a la Juventud Trabajadora Peronista se crea la Juventud Sindical Peronista, y así sucesivamente, hasta incluir las organizaciones universitarias. A partir de esta estrategia, la represión se extiende a la intimidación policial, la presencia de grupos parapoliciales y fascistas, la promulgación de leyes represivas y la participación abierta del ejército en las tareas de restaurar el orden. Paralelamente, ésta se amplía y abarca personalidades públicas, grupos de izquierda no peronistas y las bases sindicales cuya actuación no responde a las consignas burocráticas. Asimismo, los atentados y clausuras de diferentes medios de expresión y comunicación, la distorsión y censura de la información y la intervención de la Universidad, tienen por objeto conformar un estado de ánimo receptivo y apático frente a la realidad. Fomentar la pasividad fatalista y reprimir la violencia, son el anverso y reverso de un mismo estilo de dominación. La diferenciación y el distanciamiento al interior del peronismo entre los sectores más radicales y los grupos oficialistas refleja, a la vez que confiere, mayor complejidad a la dinámica global entre radicalización y represión. A la vez que se implican y refuerzan mutuamente, alteran e intensifican los antagonismos, polarizan los conflictos y la lucha abierta y redefinen las alianzas y los compromisos.

Numerosos sectores medios oscilan entre la impugnación del comportamiento monopólico del capitalismo y el temor frente a soluciones de carácter popular y clasista. Cuestionan el orden actual y temen los cambios posibles, toda vez que la ideología dominante asocia el cambio a situaciones anárquicas. Fundamentalmente, y por el carácter contradictorio del comportamiento económico en tanto no logra responder a las necesidades de sectores cada vez más numerosos, se agudiza el carácter crítico de una definición entre una realidad no deseada y un cambio temido.

En estas condiciones, la realidad argentina plantea numerosos interrogantes acerca de las posibilidades históricas y las alternativas viables para su superación. Dado el carácter monopólico del control de la economía y la creciente desnacionalización de la dirección política fundamental, Argentina se encuentra inserta en una encrucijada cuya persistencia o superación determinarán el carácter de su existencia futura.

Tal como lo señalamos, el capital monopolista extranjero y local, que no nacional, respondiendo a una dinámica propia, ha provocado y continúa sos-

²⁰ Noé Jitrik, "Propuestas para Discutir la Actual Situación Argentina", *Revista Cambio*, México, Ed. Extemporáneos, núm. 1, p. 11.

teniendo desequilibrios estructurales profundos y fuertes desniveles socio-económicos. Sus necesidades de control intensivo no responden a las necesidades y exigencias de desarrollo extensivo de la economía nacional. En alianza con los grupos oligárquicos y las Fuerzas Armadas, su control se extiende sobre el Estado, redefiniendo sus funciones y convirtiéndolo en instancia encargada de mantener el sistema vigente que él ya no determina. Enfrentado pues a una configuración social en la cual la creciente politización se da paralela y simultáneamente a su fragmentación interna, el Estado acude al control ideológico y a la represión política como únicas alternativas.

El peronismo, como ensayo de recuperación nacional del control de la economía y del fortalecimiento del Estado, ha demostrado su inoperancia. Su fracaso cuestiona el alcance de una estrategia nacionalista de conciliación que no responde al contenido clasista de la estructura social. Estructura que comporta la integración al esquema de dominación imperialista y la desintegración interna. Frente a esta realidad, el peronismo prefiere convertir el fracaso de su transformación en el éxito de su perpetuación. Atrapado en las contradicciones de un Estado nacional en una sociedad dependiente, funda su actuación en el miedo a la posibilidad de cambio, y actualiza el terror de la represión y la fuerza.

Estas contradicciones, sin embargo, no son inalterables. Las posibilidades de su superación dependen del rompimiento de la relación desigual que se ha establecido entre la violencia estatal y la capacidad de acción de los grupos y clases sometidos. Las modalidades que puedan asumir, así como sus respectivos alcances, rebasan la naturaleza del presente trabajo, en el que se ha pretendido delinear algunas características y tendencias de la realidad argentina.